

El Incansable Orlando

Por Federico Heinlein



A QUI YACE CANSADO, QUIEN RECREARA UN CANSADO MUNDO, reza el epitafio en latín de uno de los mayores y más célebres compositores de su época, que murió en Munich el 14 de junio de 1594. Dicha lápida hace un evidente juego de palabras con el apellido del músico, Lassus, que en latín equivale a cansado. En realidad, la familia se llamaba Delattre, lo que se latinizó, según la costumbre muy difundida en el Renacimiento.

Roland Delattre fue, pues, para sus contemporáneos Orlando Lassus o —como él mismo solía firmar— Orlando di Lasso, u Orlando Lasso. El compositor que usaba ese nombre tan itálico nació alrededor de 1532 en Mons, capital del Henao, región sureña de la actual Bélgica. Sin embargo, en aquel período histórico todos los músicos flamencos miraban o iban hacia Italia, la que durante más de un siglo fue fructificada por ellos.

Poco se sabe de su juventud, aunque existen leyendas que el niño hubiese sido raptado varias veces a causa de su bella voz. Viajó por Francia, conoció Mantua y Milán. A mediados del siglo se radica en Nápoles, para seguir luego a Roma, donde dirige la capilla papal de Letrán como antecesor de Palestrina.

Más adelante lo encontramos en Amberes. Allí publica, dedicados al emperador Carlos V, sus primeros motetes, madrigales, villanescas y canciones francesas. En 1556 es empleado como cantante y compositor en la corte de Munich, donde pronto llega a ser maestro de capilla,

cargo que conservará hasta su muerte casi 40 años después.

En 1558 se casa con Regina Weckinger, hija de un funcionario. Ya 10 ó 15 años más tarde está en la cúspide de la fama europea. Alemania, Francia e Italia le rinden honores, llamándolo "príncipe de los músicos".

El emperador Maximiliano le confiere un título de hidalguía; el Papa Gregorio XIII lo nombra Caballero de la Espuela de Oro, y por invitación del rey de Francia pasa una temporada en París. Ronsard, cuyas poesías Lassus ha puesto en música, lo describe como "el más que divino Orlando, quien como abeja ha libado todas las hermosísimas flores de los antiguos y además parece, él solo, haber robado la armonía de los cielos para deleitarnos con ella en la tierra, sobrepasando a los antiguos y convirtiéndose en portento singular de nuestro tiempo".

Entre sus numerosos alumnos en la corte bávara está el veneciano Giovanni Gabrieli. Lassus mismo, nada cansado, al parecer, visita repetidamente Viena y las ciudades del norte de Italia.

Junto a su contemporáneo Palestrina, es la culminación del arte musical del siglo XVI y, acaso, uno de los grandes maestros de todos los tiempos, habiéndosele comparado con Miguel Angel por el vigor y la grandeza de sus concepciones. En sus madrigales italianos, canciones francesas y música germana encontramos la misma destreza. De sus años mozos napolitanos datan las así llamadas villanescas, muchas de ellas con versos macarrónicos en un lenguaje burlescamente desvirtuado y revuelto como, por ejemplo, "Matona mia cara", que se mofa de la mentalidad, la jergonza y la fonética de un lansquenete alemán.

Estas creaciones seculares y un número prodigioso de motetes; encima de 50 misas, que a menudo ennoblecen del modo más espiritual los temas populares utilizados, amén de notabilísimos Salmos Penitenciales y Pa-

siones, lo hacen el músico más universal y múltiple de la época. Confluyen en él la tradición de su coterráneo Josquin, el encanto e ingenio de los franceses, la honda seriedad germana y el secularismo del Renacimiento italiano. Dice el propio Lassus, poco antes de morir: "Aquilatando las canciones que compuse hace mucho tiempo en la primavera y el ardor de los años, y las que produzco ahora en mi vejez, he llegado a pensar que, mientras las primeras tienen mayores probabilidades de gustar porque son más alegres y festivas, las últimas revelan en su sonoridad mayor substancia y energía, proporcionando un placer más profundo a la mente y el oído".

Lassus, el último gran flamenoco de la Edad de Oro coral, representa la cumbre de una técnica que dominaba el pensamiento de los músicos durante cerca de dos siglos. Las armonías básicas de este contrapunto cambian más a menudo que aquellas de Palestrina. Existe una mayor preocupación por efectos tímbricos, y puede afirmarse que la música de Lassus es más emocional que la de su gran contemporáneo peninsular.

Sus textos abarcan las ideas más variadas, recibiendo cada una de éstas el tratamiento adecuado, lo que constituye una característica de la versatilidad del compositor. Aquel concepto polifónico flamenco del que él es exponente, poco a poco se diluye en la obra de sus discípulos, y también él ya muestra atisbos de la homofonía barroca, especialmente en algunas piezas seculares como "El buen eco". Estas son las que hoy suelen ejecutarse, permaneciendo más desconocida su excelente música religiosa.

Quiero concluir con el homenaje que rinde a Lassus el musicólogo húngaro-estadounidense Paul Henry Lang: "Su obra es una síntesis de lo que produjeron 200 años de cultura musical; síntesis de tal fuerza de convicción y belleza plástica, que la historia de la música la registró, después de eso, una sola vez más, en el arte de Mozart".